

MIGUEL IBÁÑEZ

MAÑANAS DE LUZ
PARA CRISTALES
ROTOS



ADONÁIS

643

EDICIONES RIALP, S. A.

Madrid

MAÑANAS DE LUZ PARA CRISTALES ROTOS

Un jurado compuesto por
Julio Martínez Mesanza, Carmelo Guillén Acosta,
Luis Alberto Salcines, Menchu Gutiérrez
y Juan Antonio González Fuentes

concedió a este libro
el PREMIO ALEGRÍA 2014

MIGUEL IBÁÑEZ

MAÑANAS DE LUZ
PARA CRISTALES ROTOS



ADONÁIS

643

EDICIONES RIALP, S. A.

Madrid

© 2014 *by* Miguel Ibáñez
© 2014 de la presente edición, *by*
EDICIONES RIALP, S.A. - Alcalá 290 - 28027 Madrid
ISBN: 978-84-321-4465-3
Depósito Legal: M-22040-2014
Printed in Spain - Impreso en España

*A mis padres, por el fondo del paisaje.
A mi mujer y a mi hija, por haberlo completado.*

APUNTES DE GEOGRAFÍA ESPIRITUAL

TAMBIÉN la lejanía puede ser un lugar.
Es sabido que existen
carreteras y mapas del espíritu,
fronteras, travesías
y viajeros perdidos.
Puede ser un lugar,
aunque localizar la lejanía
es tarea enervante, por incierta.
No pertenece al cielo ni al infierno,
pero la tierra apenas sabe de ella:
es un vuelo de pájaros,
un reflejo que hiere la calma de los charcos
antes de evaporarse.
No pertenece al tiempo ni al espacio,
y sin embargo hay días y lugares
orientados con pérfida insistencia
hacia la lejanía.
Vemos a los demás y no los vemos.
Sentimos sin sentir.
Quisiéramos estar en otra parte
y nadie nos informa oficialmente
de que ya estamos lejos
de cualquier universo conocido.

CALABOBOS

ESTA lluvia delgada apacigua los ojos.
Esta música gris y estas calles vacías
acallan otras voces:
las que dentro de ti
confusamente agitan sus agrias disonancias.
Te gusta pasear por la ciudad dormida
como por la cubierta de un barco abandonado.
Derivas tú también bajo la luna ciega
sin saber en qué puerto fondeará tu mirada,
y te sientes perdido
y libre como un náufrago.
Las luces de los bares y las conversaciones
irrumpen levemente en tu derrota y mecen
los recuerdos, los nombres, las palabras fugaces.
Llevas en los pulmones y en la memoria el frío
de las noches de lluvia.
Te adormece y lo dejas sedarte, pues no aspiras
a otra cosa que a un lento y plácido naufragio
en el tiempo, en el gris,
en el calmado océano de tus ensoñaciones.

ESTATUA DE SAL

Y de pronto ella vuelve la mirada,
porque añora las luces de Sodoma,
las noches delicadas de Gomorra,
la dulce negligencia del pecado,
cuando el amanecer
iluminaba bocas aún sedientas
y cuerpos ya rendidos pero ávidos.
No acierta a despedirse de aquel joven fulgor,
aquella levedad ardiente y pasajera
que nadie debería querer perpetuar.
Ningún pasado debe durar eternamente,
ningún tiempo ser más que puro tiempo.
Pero ella se detiene y mira atrás.
Ya el fuego está arrasando los lugares
y las fotografías, los jardines oscuros
y plazas bulliciosas bajo el sol.
La dicha del pasado ya sucumbe,
incinerada por una luz mortífera
de la que recomiendan huir con cierta urgencia
los más acreditados manuales.
Pero ella aún se deja lastrar por la memoria,
y ya en la piel un brillo de cristales salinos
anuncia la belleza estéril del recuerdo.

LIRISMO

LA soledad no es mala compañía.
Uno regresa a ella con el tiempo
como se vuelve a un viejo amor: sin prisas
y sin nervios, con esa confianza
de saberse esperado y soportado.
Pero siempre hay un precio. Los paseos
por calles blanquecinas que parecen
caídas de la luna, el misterioso
resplandor de las playas en invierno,
la sosegada incuria de los ojos,
todo eso tiene un precio que se paga
en vanidad estética. Del yo al yo
no hay un viaje muy largo, aunque creamos
haber atravesado continentes.
El paisaje interior engaña mucho,
si uno lo ve con cierta complacencia,
pero no dejará de ser por eso
un principado tímido y coqueto,
una especie de Andorra del espíritu.

CONVERSACIÓN DE INVIERNO

EL invierno es metálico aquí: más gris que blanco.
Suenan como si alguien tocara una campana
en uno de esos lagos que sumergen iglesias
y nosotros sintiéramos en el amanecer
una llamada sorda de apagada insistencia,
y ya no se pudiera seguir durmiendo, porque
de pronto recordamos algo, aunque no sabemos
el qué, pero algo llama. Vienen nubes rojizas
y según van pasando nos dejan mudos, lentos,
y ese torpe letargo nos parece inclinado
hacia la reflexión, pero no es más que agua
hecha vapor. Sabemos que nada se edifica
sobre agua. Sobre nubes nada se ha sostenido
mucho tiempo. Evocamos un huerto de manzanos
y una casa con restos de cal en las paredes,
y tal vez un desván donde entraba la luz
por un ventano estrecho, y un vuelo de palomas
impetuosamente rápido, estremecido.
¿Pero de dónde vienen esas inconveniencias?
La tierra donde nacen los recuerdos, ¿quién sabe
situarla en un mapa? ¿Quién puede enseñar fotos?
Si yo pudiera dártela, si pudiera ofrecértela,
como se ofrecen labios o una conversación,
tal vez no mereciera la pena escribir esto.

EXCURSIÓN DE INVIERNO

LAS mañanas de invierno en estas tierras
brillan con el fulgor de la espada de un ángel.
Uno sale del coche y se echa a andar
por una calle estrecha, la primera que ve,
en busca de la Plaza Mayor, y en cierta forma
es como si viajara hacia la luz y el frío.
Según va caminando se va sintiendo otro,
como si aquel turista que salió de excursión
fuera un oscuro ser ficticio,
y este vaho, estos ojos cegados por el sol
no le pertenecieran.
Pero se siente al mismo tiempo reconciliado.
Una extraña alegría se va adueñando de él
al escuchar sus pasos en la vieja ciudad
y llegar a la plaza tallada por la luz,
perfilada hasta el último rincón
por el sol castellano.
Cruza un pájaro el cielo transparente
y su sombra se pierde entre los soportales;
se anuda un jubilado la bufanda
con lentitud solemne;
dos señoras conversan frente a un escaparate.
La vida se despliega sin alardes,
con el sereno empuje
que hace volver en sí cada mañana al mundo,
y el testigo que asiste a esa resurrección
se abandona sin más a una sabiduría
que es anterior a él y no se inquieta,
no corroe la vida con preguntas.
El viajero pasea entre la luz y el frío,
y piensa que sería hermoso no caer
de ese estado de gracia.

ATARDECER EN LA ORILLA DEL RÍO

EL río va dejando
en la maleza sucia de su orilla
la luz que ya no va a volver a usar.
Allí quedan los restos
de la iluminación del mediodía,
los despojos disueltos del fulgor
que desde las alturas descendió
hasta la superficie de las aguas.
Esos trozos de luz
brillan entre las bolsas de basura
como cristales rotos.

SUBURBIO

CON fulgor incendiario
resplandece la luz
a esta última hora de la tarde,
y hay un momento,
antes de que anochezca,
en que los arbolillos suburbiales
parecen dedos, garras
con las que un sol crispado y moribundo
atenaza las sábanas del día.

EN MEDIO DEL CAMINO

No sé cómo se llaman esas flores.
Me basta con saber
que las recordaré
después de que se hayan marchitado.

DESEO EN GRIS

HAY una grieta azul en el celaje oscuro
y al fondo manchas cárdenas o rojas como incendios.
Demasiado color hace daño a los ojos.
Mejor aquel gris húmedo, aquel verde apagado
que sofocan el ruido de la vida y la muerte,
como si vida y muerte no fueran sino imágenes,
personajes absurdos que hablan y gesticulan
en una vieja farsa de Charlot o de Keaton.
Mejor la amortiguada métrica de la lluvia
y la música ocre del viento en los castaños.
El mundo, al fin y al cabo, ha resultado ser
algo más llevadero desde la galería:
vapor en los cristales, una buena novela
y la vaga impresión de que en la calle arrecian
el temporal, la historia, las pasiones humanas,
pero que uno es ajeno a esas inclemencias,
que nada es tan urgente ni tan escandaloso
como para alterar la quietud de la celda.
Va siendo necesario repintar este cielo
para que vuelva a ser monótono y sedante.
Que la muerte no chille, que la vida no luzca
toda su irisación hortera y agresiva.
Demasiado color, demasiado dolor.

ANTES DE LA TORMENTA

¿DE qué oscura pasión se alimenta esta luz?
¿De qué alturas desciende? Hasta nosotros llega
como un don misterioso que nos hace olvidar
el pasado y nos llama, igual que la tormenta
convocará a la tierra a no ser más que luz,
y hará arder la materia del cielo y de la tierra
en una sola hoguera, y tanto cegará
que abrasará los ojos. Igual que la tormenta
vendrá a agitar el sueño terroso de la playa,
otra luz llegará como un ladrón, secreta,
inesperada como un rayo en la bonanza
de una tarde agosto. Con un ruido de seda
que se rasga vendrá el fulgor a los ojos.
Con la súbita ira del nómada que espera.
Con el tajo afilado de la espada del ángel.

UNA ACTITUD

LA belleza también tiene su tiempo.
Debe ser esperada,
como el amor, la lluvia, la cosecha o la muerte.
Igual que todo aquello
que es más alto o más hondo que nosotros,
la belleza no quiere apremios. No acomoda
sus pasos a los nuestros. No desciende
a nuestro tiempo. Igual que todo aquello
más ligero o más claro que nosotros.
¿Qué podemos hacer salvo esperar,
acechar, estar atentos a los signos,
como quien mira al cielo
y espera la tormenta?

DESDE UNA TERRAZA

EN la hondura de marzo flota un bosque
de eucaliptos escuálidos y unánimes
que se dejan vencer por vendavales.
Hay nostalgia de mar —como un incierto
deseo de infinito— entre los árboles
alzados como olas y caídos,
y en el verde encrespado un tono grave,
un recuerdo del hosco verdinegro
del mar de los naufragios. Huele a bálsamo
y a tierra removida. Cruza un cuervo
y el cielo de la tarde se desgarrar.
La mirada navega sin gobierno
por la tenue violencia de las nubes.
En las copas ya brilla la tormenta.

ORACIÓN EN EL BOSQUE

PIEDAD desconocida,
piedad que presentimos en los bosques,
desciende sobre nuestras palabras, nuestros gestos
y nuestra incertidumbre,
no nos dejes caer
en la desolación de la memoria
que se evoca a sí misma solamente,
desoladoramente.

EXHORTACIÓN

NO busques el misterio.
Cuando creas haber alcanzado el misterio
te sentirás ufano de tu sabiduría,
pensarás ser el dueño de tu sabiduría
y guardarás las puertas de un palacio de hielo,
como el conquistador o el bárbaro se erigen
en dueños de un erial, de un imperio asolado.
El frío de la muerte en las salas vacías
será tu posesión y será tu condena,
y la luz del misterio te abrasará los ojos,
te quemará las manos el fuego del misterio.
Más bien olvida, espera.
Crece en el abandono, el olvido y la espera,
y que tu sola ciencia sea la de negarte,
pues el misterio acude a quien se desconoce
y a sí mismo se ignora bajo la luna cruel,
en las noches heridas por susurros de niños.
Siempre te ha acompañado el misterio, y te guía
por el extraño mundo del amor y el asombro
como se guía a un niño, con celo silencioso.
Confía en su llamada antes que en tu respuesta,
y celebra sin fe, sin esperanza aguarda.
Sólo el amor, la herida,
la pasión de ignorar.

HABLAR CANSA

HABLAR, como vivir, cansa bastante.

Las palabras desgastan: eso es algo
que uno puede notar a cierta edad,
cuando ya las palabras lo han limado
de forma irremediable,
como un río a una piedra,
o el viento a un campo abierto, llano, estéril.

Uno se va quedando sin perfiles
y al final ya no tiene qué ofrecer,
salvo un limpio cansancio,
un cansancio pulido, sin engaños.

¿Podrás decir *amor* una vez más
sin que ese vendaval de arena y fuego
termine de borrar tu efigie en el desierto?

¿Podrás decir siquiera *tú y yo*
sin sentirte negado?

ES TIEMPO DE ESCUCHAR

DEJA que el mar se lleve tus palabras.
Arrójalas al mar como se arroja
un periódico viejo a la basura,
o como se arrincona en el trastero
un juguete averiado por los niños.
Belleza apenas hubo en tus palabras
y siempre estuvo herida
por la fugacidad y la ironía;
el amor lo fingiste o lo sufriste
pero nunca acertaste a reflejarlo
como lo hubiera hecho un pintor fiel,
con su entera verdad,
su libre servidumbre.
Si dejas de escribir, ¿qué perderías?
Te fue dado un talento y lo ocultaste.
¿Quieres desenterrar una vez más
tu moneda roñosa, y exhibirla
como si no la hubieras malgastado?
Es tiempo de escuchar.
Todo tiene su tiempo:
el nacer y el morir,
el callar y el hablar tienen su tiempo.

HACERSE VIEJO

TE estás haciendo viejo.
Es un hecho, te dices,
que debes afrontar sin demasiada histeria,
con la serenidad, precisamente,
de un viejo, de un escéptico,
de un hombre que anticipa su derrota.
Te estás haciendo viejo y no lo niegas.
En público lo afirmas con cierto desahogo
y hasta alardeas de ello,
como si el tiempo hubiera añadido algún mérito
a tu desordenada inteligencia.
Los chispazos de ingenio brillan más en la noche.
y los tuyos parecen condenados
a llamar la atención cada vez más
por lo desesperado e inesperado,
por su fulgor insólito de cohete de feria.
Piensas en ello mientras se aleja una mujer
de la edad de tu hija,
y que igual que tu hija
te ha escuchado con leve displicencia,
como se escucha a un viejo,
antes de regalarle a tu mirada
su hermosa, delicada, indiferente espalda.

DEL OTRO LADO

UNO, si no se engaña, sabe cuándo
ha llegado ese tiempo:
las mujeres le tratan
con una deferencia amable, como a un niño;
los hombres le preguntan por sus enfermedades;
y el mundo en general
parece complacerse en una estúpida,
atolondrada, hiriente manía de ser joven.
Uno, si no se engaña, sabe cuándo alejarse
sin llamar la atención.
Te llegará la edad a ti también
de poner entre el mundo y tu hambre de mundo
una distancia acuosa,
que podrá parecer a los demás
despegada, serena,
tal vez sabia.
Pero bien sabes tú
que no hay sabiduría en la derrota,
que el derrotado añora la victoria,
y el viejo si pudiera volvería a ser joven.

CONTRA HERÁCLITO

TODOS los ríos son el mismo río.
Atraviesan tu infancia con calmada pereza
y se remansan, hondos, tentadores,
en pozas asediadas por las ramas del bosque.
Allí el niño que fuiste acecha aún
la superficie turbia, el fondo oscuro,
el sombrío misterio de las aguas dormidas.
Te asomas hoy a este otro río,
tan lejos de tu tierra y de tu infancia,
y crees haber vuelto, o mejor dicho,
te parece que nunca te alejaste,
que los años no han sido más que una ficción,
bien tramada, tal vez, pero ilusoria:
un truco de sofista o de fabulador.
El mundo desemboca,
como todos los ríos,
no en el mar anchuroso e indiferente,
sino en este lugar cuya quietud te acoge
con un amor sereno y silencioso,
como te acogerá Dios algún día,
sin tasar lo que vales,
puesto que nada vales.
Tu límpida miseria
se refleja en las aguas,
quebrada, iluminada,
como la imagen de un árbol vencido.
Nada vales, y esa es tu fortuna.
Tu riqueza consiste en ser mendigo;
la súplica es tu haber, y lo atesoras
cada vez que renuncias a otras posesiones.
Todos los ríos son el mismo río,
y por sus aguas fluyen
la espera y el encuentro,
lo que tuvo un principio,
lo que no tiene fin.

SÚPLICA

DE todas las palabras que he guardado
y que he ido amontonando en los rincones,
en el cajón ruidoso de una cómoda vieja,
en un desván tomado por la luz,
debajo de un peldaño, en la escalera
de la casa de pueblo a la que ya
no voy a regresar;
de todas las palabras que he aprendido
con esfuerzo de niño porfiado, un poco torpe,
con secreta nostalgia de niño desasnado
que añora los manzanos y los pájaros,
no sé cuáles podré
tener hasta el final domesticadas.
¿Vendrá *libertad*, ágil como un cachorro, a saltos?
¿Acudirá *poesía* a mi silbido?
¿Será *Dios* algo más
que un soberbio milano inapresable,
una sombra en agosto sobre el campo?
Habrá en la última hora una palabra última,
y después algo muy parecido al silencio
de una conversación interrumpida.
Una noche de copas y murmullos
que de pronto se vuelca hacia el silencio,
y es como un nadador que se echa al mar,
y no sabe muy bien lo que le espera.
Nadie sabe muy bien lo que le espera,
pero abajo, inquietante, oscuro, acogedor,
allí se extiende el mar para nosotros,
que nunca acabaremos de entenderlo
ni de echarlo de menos.
Pero tal vez me sea concedida
la gracia de unas sílabas
que se dejen tocar y acariciar
y tengan carne y piel,
y que nombrarlas sea
como dejar un beso de adiós por la mañana.
Puede que venga un nombre y me roce los labios.
Que la gracia de un nombre me sea concedida.
Una palabra sola.

Una palabra última que tenga carne y sangre.

UN ALTO EN EL CAMINO

NO recuerdo ni el nombre de aquel pueblo.
Era un burgo dormido y mesetario
donde entramos a hacer un alto y descansar.
Nos dimos una vuelta por sus calles estrechas
y fuimos a parar a una plaza, en el centro,
pequeña y sombreada por árboles frondosos.
Nos sentamos en una terraza. Los gorriones
daban saltos audaces, al acecho
de las patatas fritas. Luz y sombra se unían
para trenzar extrañas filigranas.
Hacía fresco. Nada más. Nos fuimos
para continuar el viaje. Nunca he vuelto.
Y no recuerdo el nombre de aquel pueblo:
juro que no es un truco literario.
Sin embargo, ya llevo mucho tiempo
intentando dar forma a este poema.
No encuentro las palabras que den fe
de aquella paz callada, aquel sosiego
bajo la sombra. El tiempo y los recuerdos huyen,
pero hay lugares como aquel villorrio
que insisten en quedarse en la memoria
porque tal vez nos han sido otorgados
como señal. Nos salen al encuentro.
Esperan. Pasan años a veces sumergidos
en nuestros pensamientos, como en un lago turbio,
pero de pronto afloran. Y entendemos,
hasta donde podemos entender,
que aquello que está fuera del tiempo y de la muerte
se digna aparecer cuando no lo esperamos
para ofrecerse, y traza signos y nos dirige
con amable inquietud, con belleza que alerta.

MENSAJES

LOS domingos nublados de verano,
por las mañanas, brillan con un presentimiento
de la luz, una cálida sospecha de la luz,
que espera al otro lado de las nubes.
Y de pronto cualquier alteración del cielo
se convierte en un signo: algo que no es,
no existe por sí mismo, sino por lo que anuncia.
No adquiere su valor por lo que muestra
sino por lo que deja de mostrar,
pues lo que oculta es lo que promete.
Y ese baile de velos, ese juego de sombras
a veces se resuelve en una algarabía
de niños que se arrojan a la playa
con presteza y ardor de saqueadores;
se prolonga otras veces
en una larga tarde de películas;
pero siempre nos deja
ese inquietante hábito de estar
atentos a los signos,
de ser lectores hasta con la piel,
pues el calor y el frío, luz y sombra,
son cartas que debemos leer con todo el cuerpo.

EL RÍO

EN las tardes de junio ibas al río.
Antes de que los padres,
en junta asesorada por abuelas,
médicos y maestros,
declararan abierto oficialmente
el verano de playa y de molicie,
te escapabas al río,
y en las oscuras pozas chapoteabas
—más allá de la presa
pequeña y familiar, tan aburrida—
bajo la luz filtrada por los sauces.
En el fondo limoso presentías
las trampas que acechaban
al imprudente: ramas muertas y légamo,
remolinos y cursos azarosos
del agua brusca y turbia.
En el río aprendiste lo esencial
para sobrevivir: hay que nadar
como un perro aunque sea, como un sapo;
hay que mover los brazos y las piernas,
hacer ruido y espuma y, sobre todo,
no irse al fondo en silencio,
no desaparecer como una piedra
sin que nadie lo advierta.
Para sobrevivir hay que negarle
el derecho a expresar su voluntad
a ese otro yo que siempre te acompaña
y sin grandes protestas ni aspavientos
se dejaría hundir.

LAS BRAÑAS

A finales de agosto,
cuando ya el sol brillaba
con mortecina luz
de tarde de colegio,
tu abuelo te llevaba a visitar
los prados de montaña.
En las laderas altas, los caballos
vagaban y pastaban
con manso y filosófico sosiego.
El abuelo sacaba del bolsillo
algún terrón de azúcar, y en tu mano
lo devoraba un potro, que después
volvía a la yeguada con un leve
trote parsimonioso, como quien
lo suyo se ha cobrado por derecho.
Después, antes de irte,
le echabas una última mirada
a aquel paisaje áspero y pardusco,
a la monotonía sólo rota
por alguna cabaña
y por los solitarios matorrales
de brezos y retama,
y volvías al valle y a tu hogar
con aquella impresión en la memoria
de silencio, de calma y lejanía.
Llevas siempre contigo ese recuerdo,
y aunque apenas aciertes a evocarlo
después de tantos años,
algo más decisivo te acompaña
que la sola memoria de un lugar:
la quietud misteriosa y despojada,
la llamada del páramo y las nubes;
el sentimiento vago pero firme
—firme hasta la insolencia
y cruelmente leal—
de que debes llegar
por la devastación a la belleza,
por la desolación a la verdad.

MEDITACIÓN DE AGOSTO

SE hace largo el verano, al fin y al cabo,
y si al menos con tantas horas libres
pudiéramos alzar un baluarte
contra el paso del tiempo,
un castillo con fosos, almenas y murallas
contra el paso del tiempo,
pero tú y yo sabemos que todo se derrumba,
y también al final del verano hay que hacer
un balance contable:
tan ridículo y trágico
y tan inevitable
el balance contable
de las horas vividas.
Debemos aprender, entonces,
de la derrota el arte de ser los perdedores,
los ingenuos, apáticos, estoicos perdedores
que por saberse ya vencidos se dirigen
al campo de batalla como niños
con sus palas de plástico y sus cubos.
Que la luz de la tarde
ilumine castillos de arena derrumbados.
Fueron nuestros dominios
y supimos perderlos
con sufrida alegría,
con gozo resignado.

ESPEJISMOS

EN la mañana cálida de agosto,
la luz y la neblina trazan islas
de perfil impreciso sobre el mar.
Desde la playa vemos otras playas,
vislumbramos las costas, las bahías,
las tierras no pisadas, la espesura
de los bosques de nubes, y añoramos
los paisajes que no hemos conocido.
Cuando el sol desmorona el espejismo
ya es demasiado tarde: ya tenemos
herida la memoria para siempre,
¿pues quién, después de haber visto el milagro
de la fugacidad y la belleza,
podrá volverse atrás, vivir, morir,
como si nada hubiera presenciado?

RÍA DE LA ARENA

HAY paisajes que esperan la mirada.
La del que anduvo lejos de su casa
por caminos oscuros, tal vez claros,
pero siempre revueltos como un río
que se abraza a la forma de la tierra
y deja que sus aguas se remansen
en meandros cobrizos, hondos pozos
teñidos por las hojas de los sauces.
Uno que recorrió lentas llanuras,
apaciguadas por una luz tenue,
donde oleaban, bruscos, los maizales,
para romper contra una valla blanca,
y más allá las huertas, los manzanos,
la callada agonía de las rosas,
y una ventana abierta y un hogar
donde alguien canta o tiende la colada
y las generaciones se suceden
con mansedumbre, con fidelidad.
Por caminos oscuros, tal vez claros,
el que ni siquiera sabe su nombre
se fatiga en las tardes, se evapora
con las nubes, él mismo es una nube
herida por el viento del oeste.
El que siempre camina y nunca sabe,
nunca sabe por qué, llega a un lugar
donde siente de pronto que sus ojos
han encontrado aquello que esperaba.
Y celebran su encuentro y lo que espera
se complace ahora en ser hallado,
pues el tiempo de hallar es también tiempo
de celebrar, es tiempo consagrado
a la celebración. Y la mirada
se vierte ahora en esta paz de encinas,
de raíces y copas hechas luz,
como si la quisiera fecundar.
Porque amar con los ojos es amar
con el cuerpo y el alma, a la manera
de Dios. Dar vida a aquello que se ama.

LÍNEAS DE FUGA

SI debes codiciar algún tesoro,
que sea el horizonte. Acumula horizonte
para que la escasez de mar y cielo
no lleve tu mirada a la miseria.
Que tus ojos derrochen paisaje y lejanía
y en el mar infinito acechen islas,
costas inexploradas,
estremecidas playas bajo el viento.
Cuando le falte aire a tu mirada
—pues no pueden vivir los ojos sin espacio,
sin aspirar espacio y expulsarlo
acompañadamente—,
acude a tu reserva de mañanas de luz
para sobrevivir en la estrechez.
Acumula horizonte.
Que no falte en tus ojos la fuga, el extravío,
la súbita tormenta que ilumina el confín.

Índice

APUNTES DE GEOGRAFÍA ESPIRITUAL	7
CALABOBOS	8
ESTATUA DE SAL	9
LIRISMO	10
CONVERSACIÓN DE INVIERNO	11
EXCURSIÓN DE INVIERNO	12
ATARDECER EN LA ORILLA DEL RÍO	13
SUBURBIO	14
EN MEDIO DEL CAMINO	15
DESEO EN GRIS	16
ANTES DE LA TORMENTA	17
UNA ACTITUD	18
DESDE UNA TERRAZA	19
ORACIÓN EN EL BOSQUE	20
EXHORTACIÓN	21
HABLAR CANSA	22
ES TIEMPO DE ESCUCHAR	23
HACERSE VIEJO	24
DEL OTRO LADO	25
CONTRA HERÁCLITO	26
SÚPLICA	27
UN ALTO EN EL CAMINO	29
MENSAJES	30
EL RÍO	31
LAS BRAÑAS	32
MEDITACIÓN DE AGOSTO	33
ESPEJISMOS	34
RÍA DE LA ARENA	35
LÍNEAS DE FUGA	36